

TRADICION E INNOVACION EN EL SECTOR TEXTIL MALLORQUIN A FINES DEL SIGLO XVII

MIGUEL JOSÉ DEYÁ BAUZÁ

Introducción

Los estudios referentes al sector textil mallorquín realizados hasta hace pocas fechas se ceñían por lo que se refiere a su ámbito cronológico a la Baja Edad Media, siglos XIV y XV; por su parte desde el punto de vista temático incidían de manera preferente en la pérdida de mercados exteriores¹ y en la degradación de la calidad de las manufacturas mallorquinas, imputada tradicionalmente a los tintoreros, olvidando las claras deficiencias que el sector sufría no ya en todas y cada una de las fases productivas, sino en el paso previo que supone la provisión de materia prima a los artesanos², a lo que deben sumarse las dificultades de comercialización exterior inherentes a las manufacturas de escasa calidad y a todo producto elaborado en una zona de economía más especulativa que productiva, como era el caso mallorquín, sobre todo por lo que respecta al siglo XV³. Las últimas aportaciones sobre el tema han variado el ámbito cronológico y temático apuntado, centrando el objeto de su estudio en la empresa pre-capitalista mallorquina, desde la totalidad de sus aspectos, al final del Antiguo Régimen.⁴

Se evidencia por lo hasta ahora señalado la existencia de un vacío, por lo que a estudios del sector textil mallorquín se refiere, que se prolongaría desde los inten-

tos de *redreç* de Fernando el Católico a mediados del siglo XVIII. Esta situación puede considerarse peligrosa desde una triple perspectiva: en primer lugar el estudio recibe una falsa impresión de inmovilidad de la industria textil insular durante los siglos XVI, XVII y parte del XVIII; en segundo lugar tiende a sobrevalorar la importancia de las reformas ilustradas, al carecer de un estudio sobre la situación del sector y sobre política económica aplicada en Mallorca bajo el reinado de los Austrias menores⁵; en tercer lugar presenta los intentos de modernización como un elemento exógeno al sector textil mallorquín y procedente básicamente de los proyectos ilustrados, lo cual aún restringiendo el debate al siglo XVIII es válido exclusivamente para aspectos concretos.

El objeto del presente trabajo es corregir, siquiera parcialmente, algunas de estas falsas impresiones, para ello se parte de las reformas en las ordenanzas de los gremios textiles a finales del siglo XVII. El reinado de Carlos II fue el más prolijo en reformas de dichas ordenanzas; el estudio de estas modificaciones se convierte así en un valioso instrumento para un mayor conocimiento del sector textil mallorquín a fines de la centuria citada⁶. Dado el carácter de este trabajo nos centraremos exclusivamente en los siguientes aspectos:

—las actividades textiles fuera de Ciutat y su importancia en el conjunto del sector textil.

—las novedades en el proceso productivo.

—nuevas formas de organización laboral.

—la redefinición de la institución gremial.

Antes de desarrollar cada uno de estos puntos debe señalarse como las reformas en las ordenanzas gremiales, e incluso las reformas fiscales a las que se hará referencia, no parten de la Corona sino que son solicitadas por sectores sociales isleños, de forma especial por las personas más relacionadas con la manufactura textil: los propios artesanos. Este último aspecto señala ya de por sí el dinamismo del sector, consciente de la necesidad de diversas reformas.

La industria rural

Por lo que respecta a las actividades textiles desarrolladas fuera de Ciutat, si bien es verdad que los años del reinado de Carlos II no tuvieron unos rasgos diferenciados de los que hallamos desde finales del siglo XVI, no se puede ignorar la existencia de la industria rural en este período por dos razones: en primer lugar durante estos años se culmina el proceso de fundación de gremios rurales en varias villas de la isla; en segundo lugar si se intenta el estudio de la globalidad del sector, no es posible referirse con exclusividad a la actividad urbana, una de las muchas formas con que se nos aparece la empresa pre-capitalista, máxime si tenemos en cuenta la complementariedad que en muchas ocasiones existe entre la industria rural y la de la ciudad⁷. En este doble aspecto se centra el presente apartado.

En efecto, durante los últimos años del siglo XVII se instauran varios gremios rurales en diversas villas de la isla siguiendo el proceso que puede considerarse iniciado un siglo antes, en los últimos años del reinado de Felipe II. En 1664 se creó el gremio de pelaires de Lluçmajor, localidad que ya contaba desde 1636 con gremio propio de tejedores de lana y que era uno de los principales centros productores de materia prima de la isla, circunstancias que hicieron de la citada villa una de las más dinámicas en actividad textil hasta la sustitución de los tejidos de lana por otro tipo de tela⁸; en el mismo año se creó el gremio de sombreros de la *part fo-*

rana con capital e Inca⁹; en 1671 se erigió gremio de sastres en Sóller, localidad que desde el siglo XIV contaba con una industria local de gran actividad¹⁰; por último en 1684 se creó el gremio de pelaires de Felanitx¹¹. La existencia de estas nuevas corporaciones, junto al resto de gremios rurales que habían sido creados con anterioridad, suponía la ruptura del sistema gremial tradicional basado en el monopolio. Así, por ejemplo, se facultaba a los artesanos de los nuevos gremios para que pudieran vender sus manufacturas en cualquier punto de la isla, incluida la ciudad. Desde los inicios del siglo XVII hasta la extinción de las corporaciones profesionales la principal, y en algunos períodos casi la única, reivindicación de los gremios urbanos fue la abolición de aquéllos que existían fuera de la ciudad; prueba evidente de que la propia esencia del sistema gremial había sido resquebrajada. Sin embargo, la libertad de venta por toda la isla otorgada a los miembros de gremios rurales no era en sí el principal problema que se planteaba a los artesanos urbanos, más bien su importancia se debía a las consecuencias que se derivaron de la existencia de corporaciones profesionales fuera de la ciudad. El estudio de las ordenanzas de los nuevos gremios rurales, de las peticiones que elevan los representantes de las corporaciones urbanas y de las reformas en las ordenanzas de éstas como reacción a la existencia de aquéllos, es el instrumento que nos permite evaluar como afectó a la totalidad del sector textil mallorquín la existencia de estas nuevas corporaciones y, consecuentemente, la ruptura del sistema gremial de raíces medievales. Desde esta perspectiva los años que abarca el reinado de Carlos II se nos aparecen como sumamente importantes: en primer lugar se promulga un conjunto de ordenanzas para los gremios que se crearon en dicho período; en segundo lugar las corporaciones urbanas procedieron a las reformas de sus ordenanzas, en parte como reacción a la existencia de gremios rurales; en tercer lugar tanto los artesanos urbanos, como otros sectores de la sociedad, intentaron llevar a cabo una serie de reformas con el fin de resolver algunos de los problemas del sector, como eran la inflación de precios y la escasa presencia en mercados exteriores.

La libertad de venta por toda la isla que se otorgaba a los menestrales de los nuevos gremios rurales no debe considerarse tanto la causa de los enfrentamientos entre éstos y las corporaciones urbanas, como la expresión última de una serie de nuevas situaciones que aparecieron con el desarrollo de la actividad textil rural y que, con la posterior creación de corporaciones profesionales propias en varias villas, conocieron una mayor divulgación y, lo que es más importante, hallaron un instrumento jurídico en el que apoyarse. Entre las circunstancias novedosas a las que se acaba de hacer referencia destacan:

—Mayores dificultades en el aprovisionamiento de materia prima, especialmente la lana, por parte de los artesanos urbanos. No se trata del viejo problema de las actividades especulativas que por lo menos desde el siglo XV realizaban particulares, especialmente mercaderes, cuya consecuencia era una inflación en los precios de las ropas. Ahora la naturaleza del problema había cambiado, resultaba inevitable que la proliferación de artesanos en las zonas más próximas a los lugares de producción de materia prima redundara en una menor cantidad de lana en bruto que entraba en la ciudad. De ahí, en parte, que ya desde inicios del XVII la *part forana* se dedicara de manera preferente, aunque no exclusiva, a las primeras etapas del proceso productivo, mientras que las fases posteriores, especialmente el tintado, se realizaran en Ciutat¹². Ni que decir tiene lo precario que resultaba este equilibrio: bastaba que en algunas villas la *industria* local evolucionara mínimamente¹³ para que

se provocara una *desindustrialización* del centro urbano, fenómeno al que ya se había llegado en la segunda mitad del XVII y contra el cual las corporaciones urbanas intentaron luchar durante dicho período¹⁴, de ahí varias medidas tendentes a reducir la actividad textil en la *part forana* y controlar la calidad de las manufacturas que se elaboraban en aquella zona.

—Consagrar a la empresa textil mallorquina como unidad productiva de escasas dimensiones. La ausencia de la oficialía, figura desconocida en casi la totalidad de gremios rurales de la isla¹⁵, como período obligatorio de perfeccionamiento tras el aprendizaje y, sobre todo, la facilidad con que puede llegarse a la maestría impedían, junto a otras causas, ampliar la envergadura de las unidades productivas existentes¹⁶. Estas dos circunstancias, ausencia de oficialía y extrema divulgación de la maestría gremial, provocaban por lo que a la industria rural se refiere una degradación de la calidad de las manufacturas elaboradas y una seria amenaza para la pervivencia de las corporaciones profesionales urbanas, uno de cuyos pilares era conjugar una saturación en la oferta de *inputs industriales* con una elevada demanda de productos manufacturados y una oferta controlada de los mismos.

—La existencia de esta mano de obra numerosa, probablemente más barata¹⁷, y alejada del exagerado reglamentismo gremial que aún regía en la ciudad se convertía en campo abonado para la aparición de nuevas formas de producción paralelas a la industria gremial urbana. Baste recordar que en las ordenanzas del gremio de pelaires de Lluçmajor de 1664 la Regencia de Mallorca estableció que cualquiera de los menestrales de dicha corporación pudiera trabajar en casa de terceros, fueran o no miembro de gremio alguno, frente a lo establecido en las ordenanzas del gremio de pelaires de Ciutat o a lo que habían solicitado los propios pelaires de Lluçmajor: que los artesanos estuvieran facultados para trabajar *exclusivamente* para sí o para el resto de maestros del gremio. Con ésta y con determinaciones semejantes se aceptaba jurídicamente la entrada de personas extrañas al mundo gremial, especialmente comerciantes e individuos acaudalados de las villas, en el proceso productivo.¹⁸

—Por último, la presencia de gremios rurales supuso la imposibilidad de gravar a los artesanos de las villas decretadas¹⁹ y a las manufacturas que éstos elaboraban con las cargas fiscales que los gremios urbanos se vieron obligados a imponer a sus artesanos. Además las arcas de las corporaciones urbanas perdieron los ingresos derivados de cartas de aprendizaje, recartas y exámenes de los artesanos que pasaban a engrosar las filas de los nuevos gremios independientes de la *part forana*. No puede despreciarse la importancia de este aspecto, pues durante la segunda mitad del siglo XVII los gremios urbanos sometieron a sus menestrales y a las manufacturas que éstos elaboraban a una fiscalidad creciente²⁰, a este respecto la situación de los artesanos de las villas decretadas era más favorable al estar sujetos únicamente a la *bolla del redreç o dret del segell*, al cual estaba sometida toda la producción lanera y sedera de la isla.

Puede concluirse que la divulgación de la actividad textil por la zona rural de la isla y la posterior creación de gremios rurales, fenómeno que puede considerarse culmina durante el reinado de Carlos II, supuso la ruptura de los pilares del sistema gremial urbano: fácil acceso a la materia prima, oferta de productos manufacturados uniforme y sometida a controles de calidad, escasa competencia entre los productores, uniformización de precios en las manufacturas, estructura jerarquizada e ingreso selectivo a la maestría gremial, etc. Todo ello, junto a otros elementos que

no caben en este trabajo, obligaba a una racionalización del proceso productivo, a una reforma de los criterios que hasta el momento se habían mantenido por lo que respecta a la comercialización de manufacturas y a una reconversión de la estructura gremial, fenómenos que pasamos a estudiar en los siguientes apartados.

Reforma del proceso productivo y eliminación de dificultades para la comercialización.

En la segunda mitad del siglo XVII varios sectores de la sociedad mallorquina, especialmente los pelaires de Ciutat, eran conscientes de la necesidad de llevar a cabo un doble proceso:

—mejorar la calidad de sus manufacturas, para lo cual era indispensable una profunda reforma de algunas fases del proceso productivo.

—la obtención de unos precios más acordes con las características del producto que se ofrecía al consumidor y las exigencias del mercado interior y exterior.

Por lo que respecta a la mejora de la calidad los propios pelaires de Ciutat llegaron a la conclusión de que la naturaleza del problema era por lo menos triple. En primer lugar debía lucharse contra el intrusismo, creciente sobre todo en la *part forana*. En igual medida era indispensable conseguir una mayor preparación de los artesanos, especialmente de los maestros, de ahí que éste fuera uno de los principales fines de la restructuración de la organización gremial a la que se hace referencia más adelante. El tercer aspecto del problema es el que nos interesa aquí: los pelaires de Ciutat, y en menor medida otros colectivos, habían llegado a la conclusión de que tan importante como lograr una mejora de algunas de las fases de la producción, era conseguir una mayor coordinación entre aquéllas. En definitiva se trataba de obtener un mayor control de la producción. El mayor obstáculo a este respecto era la elaboración de *draps cruus* no ya por individuos ajenos al pelaire que posteriormente compraba dichas piezas semielaboradas para continuar las operaciones productivas, sino por personas con escaso o ningún apredizaje. Ante la constante degradación que en la calidad de los paños se derivaba de ello, el gremio de pelaires de Ciutat llegó a prohibir a sus miembros que adquirieran *drap cruu*, fuera éste elaborado en la ciudad o en la *part forana*²¹. Ello suponía por una parte romper con una de las características de la industria lanera urbana cuyo origen se halla en el siglo XIV y, en gran parte, con la división del trabajo que entre la ciudad y la *part forana* regía en aquellos momentos. Sobre la aplicación real de esta medida o de su incumplimiento se carece por el momento de referencias, sin embargo en el caso de que se hubiera llevado a la práctica las consecuencias hubieran sido una mayor dimensión de la unidad productiva urbana y una *reindustrialización* de Ciutat. Siendo importante el esclarecimiento de este punto, lo que verdaderamente nos interesa aquí es que en 1663 los pelaires de Ciutat creían, acertadamente, que la mejora del sector pasaba por un mayor control de la producción por lo que a su calidad se refiere.

Una mejora de la calidad de las manufacturas mallorquinas, pasaba igualmente por limitar la independencia con que los tintoreros habían desarrollado su labor hasta aquel momento. De ahí que desde 1669 los pelaires de Ciutat intentaran realizar ellos mismo tanto las operaciones de tintado como las posteriores etapas de la producción en un paso más hacia la centralización de todo el proceso productivo, aspiración que chocó con numerosos obstáculos no tanto por imperativos legales²², como por el desembolso que suponía la construcción de la infraestructura necesaria para llevar a cabo semejantes planes. Sin embargo, cabe destacar, frente a la postura innovadora de una parte importante de los pelaires de Ciutat, la reacción del gremio

de tintoreros: en primer lugar solicitó al Regente de la Audiencia confirmara las ordenanzas otorgadas a la corporación de tintoreros por Sancho de Mallorca y Pedro IV²³; en segundo lugar aceptaron implícitamente la necesidad de una mejora en el proceso productivo, compartiendo así al, menos parcialmente, la postura de los elementos más innovadores del artesanado urbano. Así, los tintoreros reconocieron por primera vez en muchos años la existencia de fraudes en las operaciones tintóreas y, sobre todo, en las que se realizaban tras la aplicación del tinte a las manufacturas²⁴; por otra parte aceptaron la desproporción existente entre la calidad de algunos de sus servicios y los precios, a todas luces exagerados, que cobraban por los mismos.

La Real Provisión de 23 de Agosto de 1674 que en contra de lo que era práctica común disponía *que totes les robes de llana y panos axí tenidas com per a tenir antes de ésser bollades de la bolla del redreç sien aportades al tirador del ofici dels parayres, para que en ells sien estesas, pulidas y perficionadas...*²⁵ es un intento más de perfeccionar fases concretas de la producción, en este caso aquéllas que se realizaban inmediatamente antes de proceder a la venta de las piezas, operaciones de las que dependía en gran medida la presentación del producto, y por tanto su aceptación o no en el mercado.

Por lo que se refiere a la fijación de precios atendiendo a nuevos criterios, en realidad los propios contemporáneos eran conscientes de que este punto tenía un doble aspecto: en primer lugar los costes de producción debían fijarse atendiendo no tanto a las ordenanzas gremiales y a los designios de las corporaciones urbanas, como a criterios estrictamente económicos y, por tanto, vinculados directamente a la unidad productiva; en segundo lugar se hacía necesario que las autoridades políticas se percataran por una parte de la necesidad de fijar los precios de las manufacturas atendiendo un poco más a los costes de producción y márgenes de beneficio y un poco menos a la liquidación de la deuda con los antiguos censalistas de la *Universitat*, y por otra de que, precisamente por ello, la reforma del *dret del segell* era inevitable. Tampoco debe olvidarse que este aspecto no es independiente de los intentos relativos a la mejora de calidad que se han examinado anteriormente. Así, por ejemplo, el intento de los pelaires de extender su actividad textil en perjuicio del gremio de tintoreros se debe, no sólo a unos intentos de mejorar la calidad de las manufacturas, sino esencialmente a la artificial subida de precios que el gremio de tintoreros había producido poco tiempo antes²⁶. De ahí que, como reacción a las peticiones de los pelaires, el gremio de tintoreros moderara el costo de algunos de los servicios que prestaba, especialmente por lo que respecta a las fases de producción posteriores al tintado²⁷; de cualquier modo las medidas que a este respecto tomaron los tintoreros son a todas luces insuficientes. Así lo entendieron los pelaires de Ciutat al mantener su proyecto de crear la infraestructura necesaria para llevar a cabo ellos mismos el tintado de las manufacturas, a pesar del desembolso que ello originaría.

Sin embargo, los mayores progresos en el abaratamiento de costos se debieron a las reformas del *dret del segell* de 1670 y 1675. Se trataba de un derecho consignado cuya cuantía dependía del precio de las ropas, así el impuesto resultaba en términos absolutos más gravoso para las prendas más caras. Ello suponía que, de hecho, los precios de las ropas se fijaran atendiendo más a criterios extraños al sector textil, liquidación de la deuda con los antiguos censalistas de la *Universitat*, que a los derivados de la situación económica de cada momento. Si bien en la segunda mitad del siglo XVII se mantuvieron las características básicas de este impuesto, también

se moderaron los porcentajes con los que se gravaba a cada pieza. Hasta la reforma de 1670 las ropas de seda pagaban por este impuesto cinco sueldos por libra sobre el precio de venta, lo cual supone un gravamen del 25%, desde dicha fecha pasaron a estar gravadas con dos sueldos por libra, un 10%. Por lo que respecta a las ropas de lana pasaron de estar gravadas con cuatro sueldos y nueve dineros por libra (23'75%) a estarlo con un sueldo y seis dineros por libra (7'5%)²⁸. Si bien se daba una notable disminución en los gravámenes, los precios no se fijarían atendiendo a criterios productivos, sino que serían determinados por una comisión formada por los Jurados del Reino, los Síndicos Clavarios y el Procurador de los acreedores censalistas, aunque el reglamento de 1675 señalaba que en caso de discrepancia se tomara siempre el precio más moderado²⁹. De cualquier modo, no pueden despreciarse los efectos positivos de la reducción en los gravámenes a los que se sometía a las manufacturas, máxime si tenemos en cuenta que desde 1675 el *dret del segell* debía ser pagado por el vendedor y en ningún caso por el comprador; de hecho el que los precios se encontraron fijados de antemano impedía que el impuesto repercutiera sobre el consumidor. Cabe destacar como, paralelamente, debido a las obligaciones contraídas por los gremios y a la existencia de gremios rurales, resultaba imposible una reducción en la fiscalidad propia de las corporaciones gremiales, especialmente por lo que se refiere al gremio de tejedores de lana.³⁰

Nuevas formas de organización laboral paralelas a los gremios

La existencia de corporaciones rurales, lo que de hecho suponía la ruptura del monopolio gremial, el estricto reglamentismo al que estaba sometido aún el artesanado urbano, y, en definitiva, la inadaptación entre la oferta gremial y las exigencias del mercado tanto por lo que respecta a calidad como por lo que hace referencia a precios, fomentaron un doble fenómeno: por una parte, se hizo necesaria una reestructuración de la organización gremial y, por otra, aparecieron formas de producción no sometidas al control de las corporaciones urbanas, especialmente por lo que se refiere a sectores concretos como la manufactura del lino o la elaboración de mantas. Este último aspecto es el que brevemente se desarrolla en el presente apartado.

Un ejemplo de estas formas paralelas de organización laboral y de producción nos lo ofrece el gremio de manteros de Ciutat. Los miembros más ricos de la corporación adquirían en la época del esquila importantes cantidades de lana que, posteriormente distribuían entre personas extrañas a la corporación gremial³¹, individuos conocidos con el nombre de *obrrers*, llevando a cabo unas operaciones que pueden definirse como de *verlagssystem urbano*. Resulta evidente que estas prácticas iban en perjuicio de lo establecido en las ordenanzas gremiales y de los restantes miembros del gremio de manteros, que en gran parte debían dedicarse a otras actividades (pesca, construcción en las murallas de la ciudad y especialmente al comercio al por menor). La extrema bipolarización existente en el gremio ya en la segunda mitad del siglo XVII suponía la ausencia de toda vida gremial, de ahí que durante toda la centuria siguiente, a pesar de la importancia de la producción de este tipo de manufacturas, el gremio de manteros sea uno de los que registra menor actividad, lo que se refleja en la escasa documentación generada. Buena parte del proceso productivo, ya en la segunda mitad del siglo XVII, se llevaba a cabo de espaldas al sistema gremial como ocurrirá en la centuria siguiente. Es este un claro ejemplo de la infiltración del capital en el proceso productivo siguiendo el proceso que Dobb definió como *camino realmente revolucionario* en el intento de vincular más extre-

chamente la esfera de la producción y de la comercialización³², lo cual tampoco era una novedad ni siquiera por lo que se refiere estrictamente a Mallorca.³³

Otro ejemplo de la pérdida de independencia del artesanado urbano en beneficio del elemento comercial nos lo ofrece la *industria* del lino, que a fines del siglo XVII y sobre todo en los primeros años del XVIII, había llegado no a su máxima divulgación³⁴, sino a una saturación por el excesivo número de maestros con que el gremio contaba, a lo cual debe unirse el intrusismo tradicionalmente muy elevado en la manufactura del lino y cáñamo, tanto en la ciudad como en la zona rural. Así, en 1677 el gremio de tejedores de lino de Ciutat reconocía que sus miembros se vieran reducidos estrictamente a la producción por encargo de los mercaderes, con el fin de evitar que éstos emplearan mano de obra no gremial, e incluso se afirmaba que de prohibirse a los miembros del gremio realizar este tipo de trabajos *restaria dit nostre col·legi sens cofreres, ni es trobarian personas que volguesen encartarse*³⁵; prueba más que evidente de lo divulgadas que sin duda estaban estas prácticas a las que también podemos calificar de *verlagssystem urbano*. Sin embargo, nótese que el caso de los tejedores de lino es diferente del citado anteriormente al hacer mención al gremio de manteros o en el apartado anterior al hablar de la intención de los pelaires de controlar todo el proceso productivo. En este caso el elemento novedoso que llegará a dirigir el proceso productivo no surge desde la esfera de la producción, no parte de las propias filas del artesanado, se trata de mercaderes sin ningún lazo con la organización gremial.

Con anterioridad se ha hecho referencia a otra forma de producción que, si bien siguió dándose en la segunda mitad del siglo XVII, no puede considerarse novedosa. Paralelamente a la existencia de los gremios rurales, personas acomodadas de varias villas de la isla llevaban a cabo actividades similares a las citadas hasta ahora, especialmente por lo que se refiere a la lana. Se daba así en la *part forana* un *verlagssystem* que empleaba como mano de obra a artesanos y semi-artesanos estuvieran agremiados o no.

Reorganización de la estructura gremial

Todos los puntos que hasta ahora se han señalado exigían reformas en el interior de las corporaciones urbanas. Especialmente se hacía necesario reformar las normas por las que se regía el acceso a la maestría, de manera que éste se hiciera de forma más selectiva y con una mayor preparación de los artesanos. De ahí que todos los gremios textiles de Ciutat implantaran la oficialía como paso previo a la maestría gremial e intentaran dificultar el acceso a la organización gremial por el tradicional sistema de subida de los derechos de examen y de carta, mientras que, paralelamente, se procedía a una centralización de los exámenes.³⁶

Sin embargo en este aspecto, como en tantos otros, detrás de cada gremio se esconde una realidad diferente. Así entre las medidas tomadas por el gremio de tejedores de lino pueden citarse:

—La extensión geográfica de su jurisdicción. Conocedor de que las autoridades políticas no permitirían un exagerado aumento en los derechos de examen y de carta y de que, por otra parte, ello era inútil si tales aumentos no se aplicaban en toda la isla, el gremio intentó extender su jurisdicción a las villas decretadas, de ahí los pactos a los que llegó con buena parte de las mismas para que los artesanos de las mismas disolvieran el gremio propio y se agregaran de nuevo al de la ciudad.³⁷

—Limitación de las dimensiones de la unidad productiva. De hecho se impedía que desde el interior de la corporación se procediera a una mínima *concentración industrial* al limitarse a uno el número de mozos que cada maestro podía tener a su servicio. Esta medida intentaba por una parte reducir el número de personas que pudieran aspirar a la maestría gremial, pero a la vez impedía una diferenciación social en el interior del gremio. Paralelamente los miembros de la corporación eran reducido casi totalmente a la esfera de la producción al prohibírseles dejar en manos de terceros la actividad de sus talleres.

Para los pelaires, sector más relacionado con la comercialización, el gremio no podía ser una mera asociación de artesanos. Durante la segunda mitad del siglo XVII se exageró una de las facetas propias de las corporaciones profesionales, el gremio de pelaires era para sus miembros esencialmente un instrumento para mejorar el control de las manufacturas. De ahí los intentos de la corporación de reducir los gastos menos relacionados con la estricta producción³⁸ y, sobre todo, las medidas que se intentaron imponer contra la divulgación de la actividad lanera por las villas sometidas a la jurisdicción de gremio (prohibición de adquirir *drap cruu* especialmente de la part forana, prohibición de encargar mozos de fuera de la ciudad, prohibición de que los pelaires de las villas agregadas tuvieran acceso a cargos directivos o relacionados con el control de la calidad, prohibición de celebrar exámenes o cartas en las villas, etc.).

En tercer lugar, para los tintoreros, más reducidos en número y cuya actividad parece se había desarrollado mucho menos en la *part forana*, la concepción del gremio apenas había cambiado, para ellos seguía siendo el ámbito natural en el que ejercitar sus Privilegios Reales que les facultaban para desarrollar su profesión. De ahí que siguieran con prácticas monopolísticas como la elevación de precios fruto del mero acuerdo entre los artesanos, postura impensable ya en otras corporaciones.

Conclusión

A modo de recapitulación final debe incidirse en un aspecto crucial: la necesidad de abordar el estudio del movimiento gremial sin prejuicios, habida cuenta de la diversidad de realidades que pueden esconderse tras la aparente inmovilidad de las corporaciones profesionales.

El caso más claro de lo que se acaba de señalar lo hallamos en los pelaires de Ciutat, quienes, como se ha visto, intentaron una mejora del sector aplicando criterios tan novedosos como pueden ser el esbozo de una concentración de las distintas fases que conformaban el proceso productivo, el abaratamiento de ciertos costos de producción y la mejora de la oferta de acuerdo con las exigencias del mercado. La existencia de posturas menos innovadoras, caso del gremio de tintoreros, y de formas de organización laboral surgidas de la infiltración del capital en el proceso productivo son la prueba más evidente de la complejidad de la institución gremial, de la propia industria pre-capitalista y de que el estudio de ésta no puede abordarse desde el simplista enfoque basado en la dualidad entre una producción gremial llevada a cabo con criterios medievales y unas nuevas formas de organización laboral surgidas como reacción a las corporaciones urbanas. Entre una forma y otra a menudo existen claras relaciones y, por otra parte, las estructuras gremiales pueden intentar aclimatarse a las nuevas circunstancias.

NOTAS

* El presente estudio se inscribe en el proyecto de investigación PS87-0021 que el «Grup d'Estudis d'Història Econòmica» está realizando bajo el título «Estructura comercial e industria pre-capitalista en Mallorca, 1650-1900», becado por la Subdirección General de Promoción de la Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia.

¹ Aspecto en numerosas ocasiones citado sobre el que sigue faltándonos un estudio monográfico tras la valiosa, aunque parcial, aportación de Sevillano Colom («Artesanía textil de la lana mallorquina», en *Produzione, commercio e consumo dei panni di lana (nei secoli XII-XVIII)*, Florencia 1976).

² En realidad el problema era doble:

—la exportación, generalmente ilegal, de lana que ya señaló F. Melis para buena parte del siglo XV (*Mercederes italianos en España (siglos XIV-XVI)*, Sevilla 1976, pp. XXIII-XXIV) y que los artesanos de Ciutat denunciaron en numerosas ocasiones (Arxiu del Regne de Mallorca, Gremios, Caja 1, exp. 33).

—las operaciones especulativas de las que era objeto la materia prima (A.R.M., Suplicacions, 37, f. 8-9).

³ A. Santamaria: «Vº Centenario del Privilegio Facultativo del Estudio General de Mallorca (1483-1983), *Bolletí de la Societat Arqueològica Lul·liana (B.S.A.L.)*, Palma de Mallorca 1984, p. 140.

⁴ C. Manera: «Manufactura tèxtil i comerç a Mallorca, 1700-1830. Contribució a l'estudi de la indústria pre-capitalista», comunicació presentada al XII.^o *Símposium de Anàlisi Econòmica*, Barcelona 1987 (en prensa).

M.J. Deyá: «Introducción a la tipología de las actividades textiles rurales en Mallorca durante la segunda mitad del siglo XVIII», *Estudis d'Història Econòmica*, núm. 1 (1987).

—*Gremios rurales e industria pre-capitalista en Mallorca durante el siglo XVIII: la manufactura textil*, Universidad de las Islas Baleares, 1987, inédita.

—«La industria rural en Mallorca durante el siglo XVIII: producción y organización laboral de la manufactura textil», comunicació presenta al XII *Símposium de Anàlisi Econòmica*, Barcelona 1987 (en prensa).

—«La industria rural textil en la Mallorca moderna: producción y formas de comercialización interior», *Estudis d'Història Econòmica*, núm. 2 (1988).

⁵ A este respecto sólo contamos con el estudio de política fiscal aplicada al Reino de Mallorca durante este período (U. C'ASANOVA: «La regulación contributiva en el Reino de Mallorca a lo largo del siglo XVIII», Palma de Mallorca 1986 (resumen de Tesis Doctoral publicado por la *Universitat de les Illes Balears*).

⁶ La elaboración y reforma de las ordenanzas gremiales debía ser aprobada por el Regente de la Audiencia de Mallorca, de ahí que ordenanzas dictadas con posterioridad a la creación de este organismo, así como las reformas de las vigentes con anterioridad, se hallan en la serie documental *Presidencials Decrets* sobre la que se basa el presente estudio.

⁷ P. Kriedte: «La ciudad en el proceso de protoindustrialización europea», *Manuscripts*, núm. 4/5.

⁸ A.R.M., *Presidencials Decrets*, 1664, f. 73.

⁹ Idem, f. 182 y ss.

¹⁰ Idem, 1671, f. 99 y ss.

¹¹ Idem, 1684, f. 416 y ss.

¹² Al igual que ocurría en otras regiones en las que la actividad textil se expandió por zonas rurales (P. Kriedte: Opus cit., p. 182; H. Sée: «Remarques sur le caractère de l'industrie rurale en France et les causes de son extension au XVIII^{ème} siècle» *Revue Historique*, núm. 142 (1923); P. Malanima: *La decadenza di un'economia cittadina. L'industria di Firenze nei secoli XVI-XVIII*, Bologna 1982).

¹³ Como ocurrió por ejemplo en Felanitx, Llucmajor, Artá y, desde la Edad Media, en Sóller y Pollensa.

¹⁴ Unos intentos que chocaban por una parte con la dificultad de controlar una zona tan extensa como la totalidad de la *part forana* y, por otra, con un impedimento legal: los gremios rurales, en las villas donde éstos existían, tenían personalidad jurídica propia, por lo cual sus miembros no estaban sujetos a las determinaciones del gremio urbano correspondiente.

¹⁵ De todos los gremios rurales existentes a fines del siglo XVII, sólo en las ordenanzas del de pelaires de Inca, aprobadas en 1590, en las de pelaires de Manacor y en las de pelaires de Pollensa, aprobadas en 1596, se contempla la figura del oficial. No deja de ser significativo que ninguno de los gremios rurales erigidos en el siglo XVII contemple en sus ordenanzas la oficialía como período obligatorio anterior al acceso a la maestría.

¹⁶ Precisamente uno de los argumentos que tradicionalmente sustentaban los artesanos rurales para formar un nuevo gremio era la mayor facilidad que se lograría para el acceso a la maestría.

¹⁷ P. Malanima: Opus cit., p. 263.

¹⁸ La infiltración e individuos relativamente acaudalados de las villas en el proceso productivo lanero no era una novedad; encontramos noticias relativas a ello para el siglo XVI y primera mitad del XVII (A.R.M., *Presidencials Decrets*, 1614, f. 15).

¹⁹ Villas decretadas son las que obtuvieron uno o más *Presidencial Decret* que les facultaba para erigir gremio propio de uno o más oficios.

²⁰ A.R.M., Presidencials Decrets, 1693, f. 575.

²¹ A.R.M., Presidencials Decrets, 1663, f. 854 y ss.

²² Esta medida podría vulnerar las ordenanzas del gremio de tintoreros.

²³ A.R.M., Presidencials Decrets, 1669, f. 237 v. y ss.

²⁴ Estos fraudes eran básicamente no efectuar el lavado de las ropas tras la aplicación del tinte o efectuarlo deficientemente al aplicarse a ello menos cantidad de jabón de la estipulada y, sobre todo, el proceder al estirado exagerado de las piezas cuando éstas aún estaban húmedas con el fin de que se alargara el número de canas, ello deterioraba los hilos que componían la pieza y reducía la duración normal de las ropas.

²⁵ A.R.M., Presidencials Decrets, 1702, f. 112.

²⁶ A.R.M., Presidencials Decrets, 1669, f. 181 v. El gremio de tintoreros fue, de todas las corporaciones urbanas, el que en mayor medida acudió desde el siglo XV al aumento de precios por mero acuerdo entre sus miembros al amparo de sus ordenanzas sancionadas por la Corona (A.R.M., Gremios, Caja 1, exp. 23 y 26).

²⁷ Se procedió a la reducción de los costes del lavado y extendido de las piezas tras el tintado:

	Antes de la modificación		Después de la modificación
Cordellats de color	7 sueldos	10 dineros (por pieza)	1 sueldo (por pieza)
Otras ropas de color	3 sueldos	5 dineros	1 sueldo
Cordellats negros	7 sueldos	10 dineros	2 sueldos
Otras ropas negras	3 sueldos	5 dineros	2 sueldos
Mantas			4 dineros

A.R.M., Presidencials Decrets, 1670, f. 244.

²⁸ A.R.M., Presidencials Decrets, 1670, f. 436 y ss.

²⁹ A.R.M., Presidencials Decrets, 1675, f. 291.

³⁰ Vid, nota 20.

³¹ A.R.M., Presidencials Decrets, 1676 f. 242 y ss.

A.R.M., Presidencials Decrets, 1677, f. 33 y ss.

³² M. Dobb: *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, Buenos Aires 1976, p. 155.

³³ En el siglo XVI los pelaires de las villas llevan a cabo un proceso similar, de acuerdo con lo señalado por J. Torras («Estructura de la empresa pre-capitalista, La drapería», *Recerques*, núm. II (1981).

³⁴ M. Bernat: «Telers i teixidors a Mallorca. Apunts per a un estudi etnogràfic», Palma 1985, p. 9.

³⁵ A.R.M., Presidencials Decrets, 1678, f. 123.

³⁶ Medidas que sólo afectaban a los artesanos rurales que residían en las villas que no contaban con gremio propio.

³⁷ Se llegó a pactos semejantes con los tejedores de lino de Artá, Sóller, Inca, Campos, Montuiri, Lluemajor, Porreras, Pollensa y Manacor. Si bien en algunos casos como el de Artá esta anexión fue efímera (A.R.M., Presidencials Decrets, 1673, f. 38 v.; A.R.M., Presidencials Decrets, 1678, f. 120).

³⁸ Salarios para la promería, gastos derivados de la actividad religiosa del gremio, etc.

